

advertidos. Si os encuentran en el bosque, tomará la justicia cartas en el asunto. Os lo prevengo. Vivid sobre aviso.

—¿Esa es vuestra última palabra?

—Sí.

—Hablaré á mis hermanos sobre el particular. Adios, señor Briquebec.

Y echándose la escopeta al hombro, tomó el camino de Penhoet.

Briquebec volvió grupas, y á su vez tomó el camino de la aldea de Santa Gilda, á la que llegó cuando ya habia cerrado la noche.

XIII.

Una noche en Penhoet

Daban las siete en el relój de la iglesia de Penhoet.

Y aunque apenas se veia ya en el sombrío patio del viejo castillo de los Kerandal, Ibo desuncia del arado sus dos caballos blancos, y Catalina, la criada, á quien hemos presentado á nuestros lectores en uno de los primeros capitulos de esta narracion, conducia las vacas al establo.

En cuanto Ibo dejó en la cuadra los caballos delante de las pesebreras, llenas de avena y de paja, se lavó las manos en la pila del agua y se dirigió á la cocina, única habitacion en que habia luz.

Ibo, como hemos dicho, nose parecia á sus dos hermanos Jacobo y Coentín.

El descendiente de los compañeros de los Rohan y de los Beaumanoir tenia el aspecto prosaico de un mozo de labranza, y aunque podia hacerse llamar baron, porque era el primogénito, se habia reducido voluntariamente á desempeñar el papel de máquina agrícola de la casa.

Cuando abrió la puerta de la cocina, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si no fuera por mí, ¿qué seria de mi madre y de mis hermanos?

Efectivamente, Ibo, á mas de trabajar la tierra, era el único que poseia el secreto de la existencia del millar de luses sobrantes, de la cantidad que su padre habia robado á Trelan, despues de pagar las deudas de la casa religiosamente.

Hemos dicho que sólo Ibo conocia este secreto cometiendo un error, porque tambien le conocia Catalina, para quien el mayor de los Kerandal no tenia nada oculto.

La habia visto nacer y crecer y la amaba tiernamente, siendo su protector en aquella caverna de salvajés.

Ella no era ingrata á su amor.

—Buenas noches, Santa, dijo Ibo á su hermana que estaba sentada al lado de la chimenea. ¡Qué bien huele! ¿Está ya la cena preparada?

—Ibo quiere cenar, madre, repuso Santa volviéndose hacia el rincón mas sombrío de la cocina donde estaba su madre.

María Ana no contestó.

—Déjala tranquila, contestó Jacobo, que completaba el cuadro de la familia.. Estará durmiendo como siempre y soñando con los ángeles.

Entonces María Ana levantó la cabeza y contestó:

—No sueño con los ángeles, sinó con los muertos.

—Esas tristes ideas acabarán con vos, dijo Ibo acercándose á su madre y dándole un beso en la frente. No se debe olvidar á los muertos, pero tampoco pensar tanto en ellos que su recuerdo amargue constantemente la vida.

—Es verdad, Ibo, contestó María Ana; pero no lo puedo remediar. A todas horas los tengo delante, envueltos en sus blancos sudarios. Ahí están los dos.

Y como arrepentida de lo que había dicho, añadió vivamente:

—Ya sabes que estoy loca. No me hagas caso. Sólo veo á tu padre.

Se levantó trabajosamente de la silla y se acercó á la mesa, que estaba puesta.

La hermosa bretona no era su sombra.

Su frescura había desaparecido, sus mejillas se habían demacrado y sus cabellos tenían mas hilos de plata que de ébano.

—Dormía y soñaba, dijo lentamente. Si he dicho

alguna inconveniencia, no me hagais caso. Ya sabeis que la muerte de vuestro padre me ha trastornado el juicio.

Y volviéndose hacia Jacobo, prosiguió:

—¿Qué me preguntabas, hijo mio?

—Era yo, contestó Santa, que os decia que Ibo traia ganas de cenar, ¿Esperamos á alguien?

María Ana se pasó la mano por la frente.—No recuerdo en este momento, dijo... ¡Ah! sí.. Vendrá el señor rector.

—Y mi amigo el cabo de gendarmes de Porniguen, añadió Jacobo. Es un buen compañero de caza y de mesa. Ibo, prepara una botella de nuestro mejor vino.

Ibo se habia sentado delante de la chimenea en una silla de paja, desde donde seguia todos los movimientos de Catalina, que iba de un lado á otro.

—Con una buena sopa de ajo, un pedazo de carne asada, una ensalada y café, podremos matar el hambre, ¿no es verdad, Catiche?

Catalina no contestó, limitándose á dirigir una mirada sentimental á su compañero de trabajo.

—No se debe comer todo en un dia, prosiguió Ibo. Para ir lejos es preciso ir despacio.

—Tiene razon Ibo, repuso Santa. No se necesitan tantas ceremonias tratándose del señor cura, que conoce nuestra situacion, y de un gendarme que, por mal que coma aquí, comerá mejor que en el cuartel.

—Nuestras economías van desapareciendo.

—Nada mas que mediana, contestó Ibo. ¿No es verdad, Catalina? Además, el señor cura no es muy exigente. En cuanto al amigo de Jacobo, Michaud, todos sabemos que no viene por cenar.

—Hasta ahí pudieran llegar las bromas, exclamó Jacobo frunciendo el entrecejo, Michaud será mi amigo, pero no será mi cuñado. Una Kerandal no puede casarse con un cabo de gendarmes.

—Santa no tiene dote, murmuró María Ana.

—Entonces no se casará ó la buscaremos dote.

—¿Dónde?

—¡Basta, exclamó Jacobo dando un puñetazo en la mesa.

A propósito, preguntó Ibo para cortar la conversación, ¿no ha vuelto Corentin?

—Mientras tú aras, Corentin caza. ¡Sino fuera por las landas, no comeríamos carne!

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Corentin.

Jacobo se levantó para descargarle del peso del jabalí que llevaba echado sobre la espalda.

—Un tiro bien aprovechado, dijo á su hermano.

—Pero es preciso bajarle á la cueva, observó Ibo. Esperamos á cenar á un gendarme y estamos en tiempo de veda. Denunciándote, no haria mas que cumplir con su deber.

—Michaud es un amigo, repuso Corentin, y hará la vista gorda. Otra cosa hay mas grave que esa.

—Veamos, dijo Ibo levantándose y acercándose á sus dos hermanos, ¿qué es lo que hay?

—Hay, que el viejo Briquebec me ha sorprendido en el momento de matar el jabalí.

—No me parece tan grave el asunto como á tí, repuso Ibo.

—¿Sabeis lo que ha tenido la audacia de decirme? prosiguió Corentin, sin fijarse en las palabras de Ibo.

—Habla, exclamó con impaciencia Jacobo.

—Me ha dicho que la señora marquesa de Fonterose nos prohíbe cazar en sus tierras. De hoy en adelante tendremos que respetarlas.

Jacobo articuló una especie de rugido.

Santa se habia acercado ya á sus hermanos y formaba parte del grupo.

—¡Es grave! Es grave murmuró Ibo rascándose la frente.

—Constituye un déficit enorme para la cocina, dijo Corentin.

—¿De qué hablais? preguntó Santa.

—De un asunto que no interesa á las mujeres, contestó bruscamente el antiguo móvil. Alguien llega. Vé á recibirle.

Los ladridos de los perros anunciaron la presencia de un desconocido en la casa.

Era el cabo de gendarmes.

María Ana se despertó para recibir á sus huéspedes.

Como hemos dicho, en diez años había envejecido veinte, revelando la expresión de su semblante todas las angustias que destrozaban su corazón.

Desde la muerte de su marido, todo lo que pasaba á su alrededor parecía serle indiferente.

Los días los pasaba en la iglesia y las noches encerrada en su habitación, que sólo abandonaba á la hora de la cena.

Mas de una vez la habían encontrado privada de conocimiento, ya en la iglesia, ya en su casa, ya en la calle.

Un malmisterioso consumía á la vez las fuerzas de su cuerpo y de su alma.

Su exaltación era cada día mayor.

Sus vecinos de Penhoet atribuían su estado al dolor de la pérdida de su marido.

No había mas que un hombre que conocía la verdadera causa de su estado.

Juan, el guarda montes de la marquesa de Fonterose.

Sí: María Ana era víctima de un secreto terrible, que ocultaba en lo mas íntimo de su alma.

Su marido, antes de morir, la había contado la historia de Noel Trelan, confiándole los detalles de la terrible noche en que había cometido el doble crimen de robar y asesinar al que era á la vez su pariente y su huésped.

Y aquella generosa mujer, oveja extraviada en una

guardida de lobos, veía todas las noches la sombra de Noel Trelan pidiendo venganza.

Los bretones son supersticiosos.

María Ana vivía todavía corporalmente; pero su alma estaba herida de muerte, y su inteligencia, apagada por el dolor, sólo lanzaba algun destello luminoso á largos intervalos.

Pedro la había obligado á jurar que no revelaría á nadie su secreto, y el silencio, á que se veía obligada, la ahogaba.

Un día, paseándose con Juana por el bosque, para distraerse, el guardamonte señaló con mano convulsa la laguna en cuyo fondo yacía el cadáver de Noel Trelan.

María Ana cayó de rodillas, y tapándose la cara con las manos, murmuró:

—¡Dios mio, tened piedad de nosotros!

El nombre de Trelan no había vuelto á pronunciarse en el viejo castillo de Penhoet.

Sin embargo, María Ana le oía á todas horas y en todas partes: en el bullicio del día y en la soledad de la noche, en el campo y en la iglesia; en la calle y en su casa.

En aquella familia caída, sólo se conservaba una cosa: el respeto á la madre.

María Ana era objeto de la adoración de sus hijos.

Ella no se mezclaba en sus conversaciones: ellos no interrumpían su silencio.

—Buenas noches, dijo el cabo de gendarmes entrando en la cocina seguido de Ibo, Jacobo, Corentin y Catalina. ¿Cómo seguís de salud, señora María Ana? ¿Y vos, adorable Santa?

Y sin esperar á que le contestasen madre é hija, añadió:

—Lo celebro en el alma. Tomad este ramo que traigo para vos, señorita Santa, se entiende, si vuestra madre no se opone á ello. Todas las flores son de mi jardín. Están cultivadas por mí mismo. Manejo el azadon lo mismo que la espada.

—Muchas gracias, señor Michaud, dijo Santa tomando el ramo.

—Galante, á fuer de buen militar, dijo Ibo

—¡A la mesa! gritó Corentin.

Los dueños de Penhoet y sus convidados se colocaron en el mismo órden que tres siglos ántes se hubieran colocado sus antecesores: la castellana, teniendo á su derecha al señor rector y á su izquierda al cabo de gendarmes, despues Santa, Ibo, Corentin y Jacobo, y por último, un muchacho que cuidaba las vacas, llamado José Treneuc.

La conversaci3n fué languideciendo poco á poco.

Corentin, Michaud é Ibo habian hecho apetito; el primero cazando, el segundo recorriendo el distrito á caballo, y el último arando sus tierras.

El rector era un excelente gastr3nomo y tenia con-

centrada toda su atencion en los manjares que cubrian la mesa.

Nadie pensaba en discurrir.

Santa fué quien primero rompió el silencio.

—¿Teneis noticias del castillo de Santa Gilda? preguntó al rector.

Santa era muy jóven. Habia estado dos años en un convento de Vannes. No conocia el mundo, pero habia oido hablar de él vagamente. Sus compañeras de colegio eran hijas de labradores y de familias de la clase media. Pero los esplendores de Fonterose la deslumbraban, no por envidia, sinó por admiracion.

Sólo Corentin y Jacobo habian heredado los instintos feroces de la raza de los Kerandal; María Ana era una excelente mujer. Santa, una naturaleza privilegiada; pero, por el contrario que su madre, á su bondad y sencillez congénitas, unia todas las distinciones de la nobleza de su sangre.

Cuando veia pasar á la señorita de Fonterose por delante de su casa, con su elegante traje de amazona y la saludaba con el látigo, se la oprimia el corazon de pena. ¡Nicolasa tan rica y ella tan pobre!

El rector dejó un momento de comer para contestar á la pregunta de Santa.

—Sí, señorita, tengo noticias de Santa Gilda, dijo.

—Contádnoslas, repuso Santa alegremente.

El rector se hizo el desentendido y siguió comiendo.

—Deben morir de aburrimiento en el castillo de Santa Gilda la señora marquesa y su hija, observó el cabo de gendarmes. ¡Dos mujeres solas!

—Si fuera nuestro el castillo de Santa Gilda, repuso Corentin, no haríamos la misma vida que la marquesa y su hija. La marquesa es ridícula, orgullosa é hipócrita.

El rector volvió á dejar de comer para protestar de estas afirmaciones.

—¡Oh! No, dijo.

—Tengo mis razones para creerlo, replicó Corentin. ¡Y pensar que el castillo de Santa Gilda y todos sus vastos dominios debían ser nuestros!

—¿Seríais mas feliz? preguntó el gendarme clavando en Santa una mirada que la hizo ruborizarse. Vuestra casa tambien es buena y vuestras tierras producen trigo, patatas, uvas y manzanas...

—Gracias á Ibo que las cultiva.

—Yo no me quejo de mi suerte, contestó Ibo.

—Además, prosiguió Michaud, vosotros cazais cuando quereis, y en vuestra mesa nunca falta carne de venado y de jabalí. ¿Qué mas podeis apetecer? Nada. ¿No es verdad, señora Kerandal?

María Ana levantó los ojos para mirar al gendarme, pero no le contestó.

—Mi madre anda siempre por las nubes, dijo Corentin. No la hagais bajar á la tierra.

—Si tuviéramos que vender la casa, dijo Jacobo, nos moriríamos de hambre.

—No tendremos que venderla, se apresuró á replicar Ibo. Moriremos aquí como nuestro padre y todos los Kerandal.

Corentin se encará con Ibo.

—Nosotros en ningun caso nos moriremos de hambre, le dijo. ¿Pero y Santa? ¿Con quién la casarás?

—Santa permanecerá á nuestro lado, donde es feliz, repuso Ibo. ¿No es verdad, Santa?

—Sí, contestó esta.

Catalina, aunque ocupada en servir á la mesa, no perdía una sola palabra de la conversacion.

—Si tuviera la fortuna de la señorita Nicolasa, dijo, no tendríais que devanaros los sesos pensando con quién la casaríais.

—Maridos nunca faltan, se atrevió á decir el pequeño guarda de las vacas. ¡Es tan rica la señorita de Santa Gilda!

—¡Y tan hermosa! añadió Santa.

—Menos que vos, replicó el galante militar.

—Ahora voy á deciros lo que pasa en Santa Gilda, exclamó el señor rector, despues de tomar la última cucharada de sopa.

—Hablad, señor rector.

—Lo sé de buena tinta.

—Os escuchamos con interés.

—La señorita Nicolasa se casa.

Corentin y Jacobo se inmutaron á la vez, mirándose el uno al otro.

Parecia que un rayo habia caido á sus piés.

El gendarme sorprendió las miradas que habian cambiado los dos hermanos.

—¿Sabeis cómo se llama el futuro de Nicolasa? preguntó Corentin con voz sorda.

—Lo sé, pero no me acuerdo en este momento, contestó el señor rector, á quien le interesaba mas limpiar de carne el alon de ave que tenia en la mano.

—¡Olvidar el nombre del personaje que va á ser dueño del país! exclamó Corentin. ¿En qué estais pensando, señor rector?

—Esperad... Esperad... contestó el rector. Se llama Alvarez... No, no, Ambarés... Estoy seguro. Ambarés. Es un apellido ilustre.

—¿Y cuándo es la boda?

Pronto. Mañana ó pasado debe llegar á Santa Gilda el señor Ambarés, acompañado de algunos de sus amigos. En Santa Gilda se están haciendo grandes preparativos para recibirlos.

—Se comprende, dijo Corentin, que habia recordado su presencia de ánimo. Tratándose de un matrimonio tan ventajoso...

—¡Hum! murmuró sordamente Jacobo.

Pero su hermano le detuvo dándole un fuerte pisotón.

—Michaud sintió el pisotón como habia advertido las miradas.

—¿Qué maquinarán estos dos lobos? se dijo.

Pero otras ideas le preocupaban mas que lo que pudieran maquinar los dos hermanos.

Santa estaba á su lado, la amaba y por consideracion á ella, habria dejado á Corentin y Jacobo, no sólo cazar en tiempo de veda, despoblando de conejos, perdices, jabalies y venados todos los montes del departamento, sinó cometer toda clase de crímenes, sin darse por notificado de ellos.

Pero Santa no recibia con agrado las atenciones de Michaud, no porque no fuera un arrogante mozo, sino porque no respondia al ideal del hombre con quien soñaba, ó mas bien que la habian hecho concebir las novelas que á hurtadillas de las monjas, habia leído en el convento de Vannes.

La noticia del matrimonio de la señorita de Fonterose dió origen á toda clase de preguntas.

Santa quiso saber el vestido y las joyas que llevaria el dia de la boda.

Corentin preguntó si aquel matrimonio era un matrimonio de conveniencia ó de amor.

—Las madres no consultan ahora el corazon de sus hijas para casarlas, contestó el rector. La señorita Nicolasa está muy bien educada y no habrá opuesto la menor objecion al enlace que la ha propuesto su madre.

El cabo de gendarmes no parecía prestar gran atención á lo que decia el señor rector; pero, en cambio, Coirentin y Jacobo no perdieron una sola de sus palabras.

El guarda de las vacas, José, y Catalina, para quienes tampoco ofrecia interés aquel asunto, aprovecharon la ocasion, el primero para ir á recogerse, y la segunda para sentarse al lado de Ibo, y dejando caer la cabeza sobre su hombro, dormirse profundamente.

El fuego de la chimenea empezaba á apagarse.

El señor rector se llevó una vez mas el vaso á los labios, y despues de saborear su contenido, preguntó:

—¿Habeis tenido noticias de Claudio?

—¡El sabio! murmuró Jacobo despreciativamente.

—No se digna escribirnos mas que cada dos ó tres meses una carta de ocho ó diez líneas, contestó Ibo. Mas hubiera valido no mandarle á París. Para ganar un pedazo de pan y ser útil á los suyos no es necesario consagrar la mitad de la vida á los libros.

El movimiento de hombros con que Ibo acompañó estas palabras, despertó á Catalina, que le dijo con una mirada:

—El sabio de la familia sois vos.

El señor rector se levantó para despedirse, y el cabo de gendarmes, bien á pesar suyo, hizo lo mismo, clavando una última mirada de amor en Santa.

—¿Quién anda ahí? gritó Coirentin creyendo oír ruido en el patio.

—Cuando el perro no ladra, será algun amigo repuso Ibo levantándose y dirigiéndose hacia la puerta, que se abrió en el mismo momento para dar paso á nuestro antiguo conocido Juan, el guarda de Santa Gilda.

Antes de saludar á los presentes, se adelantó hácia el sitio en que estaba Maria Ana y la dió un beso en la frente, con el amor y el respeto que pudiera haberlo hecho uno de sus hijos.

—¡Eres tú, Juan! exclamó Maria Ana, abriendo los ojos y dándole la mano.

Juan estrechó despues entre las suyas las de todos los presentes, empezando por el señor rector.

—Muy tarde andais por los caminos, señor Juan, dijo el gendarme.

Juan contestó que habia tenido que ir á Saint-Maloir á llevar una carta de la señora marquesa, y que, habiendo visto luz al pasar por delante de la casa de sus bienhechores y amigos, los Kerandal, habia entrado á darles las buenas noches.

La llegada de Juan sirvió de pretexto para volver á llenar los vasos.

Media hora despues sólo velaban en la casa solariega de Penhoet, Coirentin, Jacobo y Juan, que era considerado como de la familia.

Juan, despues de descubrir el cadáver de Noel, huýó de la casa de su asesino como de una casa maldecida.

El crimen de Pedro le había horrorizado.

Pero al fin, cediendo el encanto que ejercía sobre él María Ana, volvió á frecuentar el trato de los Kerandal.

Era tan ingrata la figura de aquel desheredado del amor, que todas las muchachas del país, aunque las bretonas son fáciles de contentar, se burlaban de él.

Sólo en Penhoet habia encontrado calor y cariño, y desterrarse de Penhoet, era para él desterrarse del mundo.

María Ana, cuando enviudó, tenia treinta y nueve años y era todavía bella.

Juan, diez años mas jóven, dejó trascurrir el año del luto, y por fin un dia, olvidando toda clase de respetos, declaró su amor á María Ana.

La viuda de Kerandal, cuya razon estaba extraviada, mas que por la pérdida de su marido, por el descubrimiento del asesinato de Noel Trelan, trató de convencerle de la imposibilidad de un casamiento entre ellos, y de la gravedad que entrañaba una union ilegítima, teniendo hijos.

La lucha fué porfiada, pero por último triunfó Juan de los escrúpulos y de la debilidad de María Ana.

Ibo, pero sobre todo Corentin y Jacobo, eran demasiado suspicaces para no adivinar la clase de afecto que unia á su madre y á Juan; pero cerraron los ojos á todo, y Juan salia y entraba en la casa á todas horas con la misma libertad que Ibo, Corentin y Jacobo.

Juan odiaba á Corentin y Jacobo, porque los creia capaces de cometer el mismo ó tal vez mayores crímenes que su padre; pero declararse en abierta hostilidad con ellos, equivalia á cerrarse las puertas de la casa de Penhoet.

El tiempo, que habia destruido ya la hermosura de la señora de Kerandal, no habia entibiado la adoracion de Juan.

Cuando estuvieron solos Corentin, Jacobo y Juan, dijo éste:

—Hay novedades allá abajo.

—Lo sabemos, contestó Corentin. Primeramente, la señora marquesa no volverá á dejarnos cazar en sus tierras.

—Esta tarde nos ha reunido el señor Briquebec para darnos esa órden.

—Nos quiere tratar como cazadores furtivos. ¡Cargue el diablo con el alma de esa hipócrita!

—Si volveis á cazar en los dominios de Fonterose, sereis entregados á los tribunales.

—¿Y dónde hemos de cazar, sino cazamos en los dominios de Fonterose? Todo el país es de la marquesa.

—Es verdad.

—Su órden es una declaracion de guerra.

Jacobo se sonrió de una manera siniestra.

Hace mal en meterse con nosotros la señora marquesa, dijo, volviendo la cabeza para ver si alguien le habia oido.

—No hay nadie, repuso Corentin para tranquilizarle.

—Tú eres de la casa, Juan, prosiguió Jacobo clavando en el guarda una mirada terrible, y por consiguiente, lo que oyes queda enterrado en tí. Antes te dejarías hacer pedazos que vendernos. Jacobo y yo tenemos un proyecto y te necesitamos.

—Estoy á vuestras órdenes. Antes que causaros el menor daño, renunciaré mi empleo de guarda.

—Al contrario, es preciso que lo conserves.

—¿Qué debo hacer?

—¿Es verdad que la señorita Nicolasa se casa?

—Eso se dice, pero todavía no hay nada resuelto.

—Todas las noches vendrás á decirnos lo que hay acerca de ese matrimonio.

—¿No me necesitáis mas que para eso?

—Para eso nada mas.

—Pues bien facil es de hacer el encargo.

—Me intereso por la señorita de Fonterose, dijo Corentin con una tranquilidad que desmentía el extraño fulgor de sus miradas.

—Y yo tambien, añadió Jacobo.

Los tres permanecieron un momento en silencio, envueltos en el humo que se desprendía de sus pipas.

Despues se levantó Juan, se echó la carabina al hombro y salió tarareando una cancion de caza.

XIV.

Los dos hermanos.

Al llegar al extremo de la calle volvió Juan la cabeza y vió que todavía habia luz en la cocina de los Kerandal.

Algo siniestro tramaban Corentin y Jacobo.

¿Pero contra quién lo tramaban?

¿Qué tenían que ver con el matrimonio de la señorita Nicolasa aquellos dos lobos, como les habia llamado el cabo de gendarmes?

Juan procuró en vano adivinarlo.

Pero la mirada de Jacobo, que no tenia como Corentin suficiente fuerza para ocultar sus sentimientos, no presagiaba nada bueno.

Los dos hermanos, en efecto, permanecian en la cocina sumidos en el mas profundo silencio.

El relój de Alsacia, que habia colgado sobre la chimenea, dió las once.

Entonces Corentin se levantó, se dirigió hácia la puerta, la abrió, y despues de convencerse de que no habia nadie en el patio, la volvió á cerrar y echó el cerrojo.

Jacobo, con su flema habitual, siguió todos los

movimientos de su hermano, dejándole maniobrar sin pronunciar una palabra.

—Estamos solos, dijo Corentin, y nadie nos oye. Podemos hablar.

Y acercando la boca al oído de Jacobo, añadió:

—Hay cosas que no pueden decirse en el bosque ni en los caminos, por temor de que las recoja algún oído indiscreto. Ibo no está aquí. Tanto mejor. Es bueno, no tiene ambición y no nos entendería. Con sus aperos de labranza y su Catalina tiene bastante para ser feliz. Juan también estará roncando á estas horas como un bendito de Dios. De las mujeres no debemos preocuparnos. Nuestra madre no está en este mundo. Santa es muy hermosa y sólo piensa en mirarse al espejo. La edad la disculpa. El asunto que vamos á tratar no incumbe á nadie más que á nosotros.

Jacobo había dejado la pipa sobre la repisa de la chimenea.

—Hemos hecho mal en sujetarnos á la clase de vida que hacemos desde que murió nuestro padre, prosiguió Corentin. La muerte de nuestro padre no ha sido natural. Hay en ella un misterio que no podemos esclarecer. ¿Crees tú que las deudas que nos agobiaban se han pagado solas? A nuestra madre la aflige un pesar oculto. Este es otro dato que confirma nuestras sospechas. La he oído hablar de un pariente de América que estuvo aquí mientras nosotros es-

tábamos en la guerra. Llegó un día, de noche, y al día siguiente de madrugada partió precipitadamente. Nuestro padre ha tenido más corazón que nosotros. Si tú y yo hubiéramos querido, cuando el marqués de Fonterose desapareció, también misteriosamente, la fortuna de los Kerandal hubiera vuelto á nosotros. No nos separaban de ella más que una niña de diez años y una mujer. Hemos perdido un tiempo precioso.

—La culpa es tuya, dijo Jacobo, llenando un vaso de aguardiente. Dá tus órdenes. Mi mano no vaciló cuando se trató del marqués.

Corentin hizo como que no le había oído y continuó:

—Casada Nicolasa, se nos escapa. Se la lleva ese señor de Ambarés, á París, á Londres, donde quiera, y en París y en Londres no se guarda tan fácilmente un secreto como en las Landas. Allí no se puede hacer desaparecer un perro sin que lo sepa la policía. Es un foso tan ancho, que no se puede saltar. ¿Vamos á dejarnos acorralar como los jabalíes en el bosque? ¿No te parece que Penhoet es una residencia demasiado estrecha para nosotros? Necesitamos aire que respirar y espacio en que movernos. Hay otra consideración. No somos solos. ¿Qué será de Santa? Yo no me resignaré nunca á que se case con un cabo de gendarmes. Y sin embargo, no puede aspirar á mejor boda siendo pobre. No basta la juventud, la her-

mosura y la nobleza de la sangre. Hace falta tener dinero, mucho dinero. Hoy, el dinero es Dios, la nobleza, el honor, el poder, y se necesita para ser amado, para tener la consideración de los demás, para comer, para llamarse noble sin que nadie se ría de uno. Es preciso tener dinero, Jacobo. Estoy cansado de vivir como vivimos. Quiero ser rico. La landa es nuestra. Hagamos lo que nuestros antecesores. Conquistémosla. No hay más que una diferencia. Nuestros antecesores peleaban á la luz del día. Nosotros tenemos que pelear en la oscuridad.

—Bien dicho, Corentin.

—Entre nosotros y la fortuna hay un obstáculo. Hagamos que desaparezca.

—¿Cómo?

—Lo pensaremos. ¡Qué porvenir, Jacobo! ¡Ser dueño de todas las tierras, los bosques, las aldeas y los pueblos que se ven desde las torres del castillo de Santa Gilda! ¡Vivir sin saber siquiera que hay mundo! ¡Poder mandar al infierno á ese maldito de Briquebec! Ahora es tiempo. Hagamos lo que debemos hacer.

—Cuando quieras.

—Hay otra razón, añadió Corentin animándose.

—¿Cuál?

—Si tú amaras á una mujer y quisieran casarla con otro, ¿qué harías?

—Segun, contestó Jacobo estremeciéndose.

—No necesito que me digas lo que harías.

Lo sé.

Te conozco. Antes que verla en brazos de otro, la matarías. Pasarías las noches esperándola. Perderías el sueño de un año por verla una hora. Andarías de rodillas leguas y leguas, si fuera preciso para llegar hasta ella. Te deslizarías como una serpiente por debajo de la puerta de su casa. Escucha, Jacobo. Yo no amo á la señorita de Fonterose. Solo la he dirigido la palabra alguna que otra vez. Si me hubiese atrevido á hablarla de amor, me habría confundido con una palabra de desprecio, ó me hubiera cruzado la cara con su latiguillo de oro. Indudablemente nos debe considerar como una especie de monos ó de hombres de los bosques, de una raza inferior y estúpida. Ignoro el sentimiento que me inspira esa mujer, esbelta como una palma, blanca como una paloma, hermosa como una noche de luna. Es más, no quiero saberlo. Pero ¡te lo juro! mientras yo viva, no se casará con ese señor de Ambarés, ni con nadie. ¿Juras tú lo mismo?

—No, contestó Jacobo. Si otro hombre amara á la misma mujer que yo, mataría á mi rival, á mi amada no; sólomente en un caso la mataría á ella: en el caso de ser él un hermano mio. ¿Me comprendes?

—Sí, repuso Corentin.

Jacobo no había apartado los ojos del semblante de Corentin un solo momento.

Pero Corentin tuvo bastante dominio sobre sí mismo para permanecer impassible.

Jacobo volvió á llenar el vaso y lo apuró de un sorbo.

Tienes razon, murmuró. Es preciso que esa mujer desaparezca.

—Pero es una empresa en la que arriesgamos el pellejo, repuso Corentin pasándose la mano por el cuello.

—¡Bah! exclamó despreciativamente Jacobo. No se muere mas que una vez. Nadie puede averiguar quién ha disparado una bala que se pierde en el bosque. ¿Cuándo damos el golpe?

Corentin se levantó, y cogiendo un candelero de bronce, lo encendió.

—Vamos á acostarnos, dijo. Mañana tenemos tiempo de pensar lo que debemos de hacer.

Un momento despues, Jacobo dormia profundamente y Corentin soñaba que veia á Nicolasa, de quien estaba ferozmente enamorado, cruzar el bosque al trote de su caballo, hermosa y altanera como una reina.

XV.

El secreto de Nicolasa

El castillo de Santa Gilda, más que una residencia de seres vivientes, parecia una vasta necrópolis.

Para dar animacion y vida á aquella inmensa mole de piedra, se hubiera necesitado todo el aparato de las antiguas cortes feudales: hombres de armas, pajes,alconeros, damas, galanes, caballos piafando en los patios y jaurias de perros ladrando alegremente.

La gravedad conventual de la marquesa de Fontenrose aumentaba la tristeza de aquel palacio de la Bella durmiente; pero un día del mes de Setiembre, con sorpresa general de los habitantes del castillo, cambió la decoracion.

Roger de Ambarés era esperado de un momento á otro y el conde Máximo de Presle habia ya anunciado oficialmente su visita.

La misma actividad que en el castillo se advertia en sus dependencias.

El señor Malo Briquebec iba de un lado á otro dando órdenes á los criados y cuidando de que fuesen ejecutadas fielmente.

Los cocheros reparaban las pinturas de los carruajes y limpiaban los arneses.

Los jardineros limpiaban de malezas las calles de árboles que conducian al castillo.

Las criadas barrian los inmensos salones y sacudian el polvo de los tapices que cubrian las paredes y las colgaduras monumentales de los balcones.

Los hortos estaban encendidos y los cocineros, alumbrados por sus rojizos resplandores, parecian una legion de demonios.